

*Novela corta de suspense.  
Lucio que debe dejar la casa  
de sus tíos para subirse al tren,  
junto a su madre.*

No está contento: las vacaciones fueron fabulosas y sabe que las extrañará. Pero en el tren conoce otros chicos y juegan a contarse cuentos de miedo. Hay una pasajera sospechosa, vestida de negro, que aparece y desaparece. ¿Quién es? ¿Qué busca? El viaje se convierte en una travesía acechada por un peligro incierto. Cuentos dentro de cuentos, humor y aventura, y una imaginación desatada para un largo viaje en tren que se hace corto. Cortísimo.

*Para disfrutar con los niños luego de la lectura,  
invitando a los chicos a pensar otras maneras de divertirse  
en un viaje en tren. Inventar canciones y cantarlas.  
¿Quién puede ser el personaje misterioso? ¿Y si en lugar  
de un lobo hubiera...? ¿Se les ocurren chistes para contar  
en viajes? ¿A qué otro lugar los puede llevar el tren?  
¿En qué otro transporte pueden volver de vacaciones?*

Franco Vaccarini

serie  
ABRAZO  
DE LETRAS



Ilustraciones / Ariel Escalante

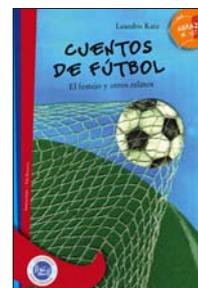
# HAY UN LOBO EN EL TREN



# Índice

1.....	7
2.....	11
3.....	17
4.....	23
5.....	27
6.....	31
7.....	33
8.....	37
9.....	41
10.....	45
11.....	47
12.....	61

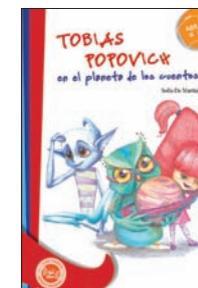
## COLECCIÓN ABRAZO DE LETRAS. SERIE ROJA



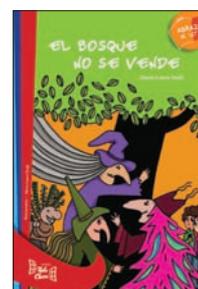
Cuentos de fútbol



Quiero una mascota



Tobías Popovich en el planeta de los cuentos



El bosque no se vende



Grota y Gruta



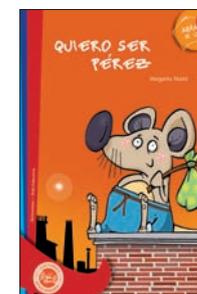
Pichón de hada



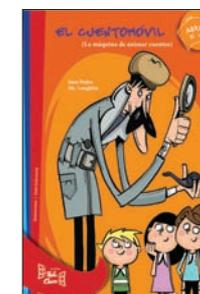
La casa de la risa



Misterio en el teatro



Quiero ser Pérez



El cuentomóvil

# 1

Era una tarde de verano, larga, interminable, cargada de sol, de jazmines, de flores que olían a sol, a lluvia, a nube soplada por el viento, a campo, a verano interminable, y Lucio disfrutaba sus últimos minutos en el pueblo, en la casa de su tío Luis y de la tía Elisa, donde había pasado las vacaciones de verano.

Había una multitud —siete personas— en la hermosa estación de Bonete Urchila. Lucio miraba todo alrededor sin decir casi palabra, porque hablaba con sus ojos. Y sus ojos decían: *Adiós gorriones del monte, adiós caballito overo, cancha de fútbol de pasto, pasteles de la tía Elisa, colección de revistas de historietas guardadas en cajas, adiós altillo misterioso lleno de trastos, aljibe con ranas, lechuzón de la noche, adiós. Al almacén de don Ernesto, adiós. Ochenta habitantes de Bonete Urchila, adiós. Ochenta almas y un millón de pájaros. Adiós, verano interminable que se va terminando.*

*Hola, tren para volver a casa con mamá. Tren oscuro, dragón de polvo: hola.*

Y el tren llegó dando un largo pitido, y pronto el andén se animó con pasajeros que subían y otros que bajaban. Y Lucio, ensimismado, se despidió de sus tíos y buscó un asiento junto a la ventanilla. Mariana, su mamá, —hermana del tío Luis— lo vino a buscar para llevarlo de vuelta a casa, en el pueblo de Bayaupacha. Y después de los besos y abrazos, mamá Mariana vio lo que vio en los ojos de Lucio:

—Ya sé, no te gusta que las vacaciones se terminen, pero el verano que viene volverás a Urchila.

—Falta mucho, mamá.

—No falta nada, Lucio.

Pero Lucio no estaba de acuerdo.

Faltaba un otoño y un invierno. Y la primavera. Y recién después, volvería, con suerte, el verano. ❁

BONETE URCHIL



## 2

El tren era un gigante de fierro y qué chiquito parecía el tío Luis al lado del tren, con sus anteojos y el sombrero de paja, las patillas anchas, flaco y bajito. Eso pensaba Lucio, con un ojo en parte tapado por un rulo. Abrió la ventanilla para decirle:

—Tío Luis, qué chiquito que sos.

—¿Chiquito yo? Eso creés vos porque estás arriba del tren.

—Tío Luis, qué cabeza chiquita tenés.

—No es chiquita, el sombrero es grande. Y vos tenés un rulo que te tapa el ojo. Parecés un pirata.

—Tíos, los voy a extrañar mucho.

—Y nosotros también. Te puse pasteles de membrillo en la bolsa de papel madera, así por lo menos no extrañás a los pasteles —le dijo la tía Elisa.

Y Lucio cerró la ventanilla.



Y cruzó los brazos. Y puso cara de enojado, pero enseguida se le pasó. Al fin y al cabo, nadie tenía la culpa de que el verano no se quedara para siempre. Pero lo bueno es que después vuelve, que siempre habrá otro verano.

Y enseguida sintió un olor extraño. A flores viejas.

En ese momento, una mujer pasó por el pasillo. Una mujer que parecía una sombra, toda vestida de negro. Apenas se le veía la cara en parte por los pliegues que formaban las arrugas y en parte por los mechones de su larga melena gris. La mujer, sin dejar de andar, detuvo sus ojos un segundo en Lucio. Le sonrió y de pronto ya no estuvo más, se escurrió hacia el fondo del vagón y por un momento Lucio sintió que la sonrisa había quedado suspendida en el aire.

Y había quedado también ese perfume a flores que olían feo, como cuando están demasiado tiempo en el florero y se marchitan y los gajos se pudren.

Y un bebé empezó a llorar. Lloraba como si el mundo se estuviera derrumbando alrededor.

—Pero qué llanto, parece un terremoto —dijo la mamá. A Lucio le pareció que era un llanto de miedo.

Iba a decirle a su mamá que acababa de ver a una señora rarísima. Con muchas arrugas, tantas arrugas que parecía que toda la cara de la señora se reía.

Y el tío y el sobrino agitaron sus manos, y la tía Elisa prometió miles de pasteles para la próxima visita y se despidieron, porque el tren ya tocaba su bocina. “Me voy, me voy, me vooyo”, parecía decir la bocina del tren.

Y todos los pasajeros se despedían de sus parientes, todos menos un señor calvo, con bigotes, sentado al otro lado del pasillo. Él no despidió a nadie, porque nadie lo había ido a despedir, pero no estaba solo, estaba con Martín.

Lucio viajaba con su mamá y Martín, con el señor calvo con bigotes, que era su papá. Martín no era calvo: tenía el pelo rojo como el fuego y unas pecas señoriales, unas pecas que más de uno quisiera tener estampadas en su cara. Y si no era calvo como su papá y tampoco tenía bigotes, era porque recién había cursado cuarto grado. Igual que Lucio.

La mamá de Lucio sostenía una botella de agua en la mano y a cada momento le pedía a Lucio que tomara un poco.

—A ver si te deshidratás, nene —le decía.

Hacía calor. Más tarde haría mucho frío. Un frío de heladera cerrada. Brrr. Y brrrr.

El tren arrancó.

Se movía despacio, como desperezándose. Pero después tomó velocidad y Bonete Urchila quedó atrás.

Lucio le pidió a la mamá cambiarse de lado. Porque afuera del tren no había nada más que campo. Y un chico de su edad, al otro lado del pasillo. Y una señora misteriosa vestida de negro en algún lugar. ❁

